HISTORIOGRAFÍA Y CENSURA EN LA ESPAÑA ILUSTRADA*

por

MANUEL LUCENA GIRALDO

Instituto de Historia, CSIC

RESUMEN: *Este artículo trata de demostrar de qué manera la historiografía ilustrada, marcada por un objetivo palmario de implantación de una historia progresiva, crítica, clásica en su estructura, ordenada, patriótica y nacional, no se vio excesivamente deslindada —como se ha venido pretendiendo— de los paralelos intentos de reinterpretación del papel que en verdad también jugó la influencia de la censura como mecanismo de creación de la memoria común, entendido, claro está, más allá de la tradicional visión de la censura como instrumento de represión de ideas opuestas al trono y la religión. Todo ello glosado ampliamente desde las innovaciones más recientes aportadas por la historia cultural, la historia del libro y de la lectura.*

PALABRAS CLAVE: Siglo XVIII. Ilustración. Historiografía. Censura. Historia cultural. Historia del libro. Historia de la lectura.

ABSTRACT: *This article seeks to explain how Enlightenment historiography, which had as its clear objective the propagation of a history that was progressive, critical, classical in structure, methodical, patriotic, and national, was, after all, not so radically different from parallel attempts to reinterpret the role actually played by the influence of censorship in creating a common memory, going beyond the traditional view of censorship as an instrument of repression for those ideas opposed to crown and religion. This thesis draws on recent innovative work taken from cultural history and the history of the book and of reading.*

KEY WORDS: 17th century. Enlightenment. Censorship. Cultural history. History of the Book. History of Reading.

* Proyecto «España desde fuera» (BHA2003-01267), MEC-Dirección General de Investigación.

I

En 1784 el abate Juan Francisco Masdeu señalaba que la labor del historiador consistía en «añadir novedad a las cosas antiguas, autoridad a las nuevas, esplendor a las desusadas, luz a las oscuras, placer a las fastidiosas [y] fe a las dudosas»¹. El hecho de que el autor de la *Historia Crítica de España y de la Cultura española* (1781-1787) tuviera semejante conciencia de su capacidad de invención de la memoria colectiva muestra, por una parte, su convencimiento de que un cierto sentido del tiempo histórico era consustancial a la existencia de la nación que pretendía defender de la calumnia y el olvido, y por otra nos transmite una concepción de su propia labor que vincula la ciencia y el arte de historiar, que entrecruza lo histórico y lo literario. Porque más allá de las necesidades y las convenciones del método historiográfico —con su imperativo de respeto a la verdad, la necesidad de documentos fidedignos, el espíritu crítico frente a los vestigios del pasado o la determinación en la búsqueda de los motivos de las diferencias nacionales en caracteres, leyes o formas de gobierno— la historia toma entre los ilustrados el carácter de cruzada literaria. Se escribe historia porque es necesario educar, dar la batalla del conocimiento contra la superstición o incluso la barbarie popular, pero también porque se crean y se recrean los escritos del pasado y del presente, porque historiar es pertenecer a la república de las letras, ser autor en una comunidad que da a la imprenta, lee y escribe una determinada evocación del pasado². Desde esta perspectiva, el historicismo ilustrado está alumbrado por un ideal estético, ya que bajo la innegable preocupación por la restauración nacional de tradición arbitrista se vislumbra la voluntad normalizadora de quienes pretenden desterrar tanto los vicios de la memoria como las corrupciones del gusto, residuos ambos en el presente de un pasado del que se quiere prescindir cuanto antes. Se escribe historia para cumplir con un objetivo patriótico, restaurar la gloria de la nación mediante la educación colectiva y la extensión de las virtudes del progreso social, pero de acuerdo con un método determinado, el que marca la distancia evolutiva respecto a las maneras del historiar en el pasado, y en una cierta forma, con el estilo elegante y sencillo que imponían las luces del tiempo³.

Resulta llamativo que esta relación tan característica de la Edad Moderna entre historia y creación literaria haya sido relegada en la historiografía dedicada al libro y la lectura desde el siglo XIX hasta época reciente. Quizás, desde esta sospecha podemos descubrir ciertos atisbos de corporativismo, una ten-

¹ Cit. en GASCO, Fernando: «Historiadores, falsarios y estudiosos de las antigüedades andaluzas», en BELTRAN, José y GASCO, Fernando, *La Antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, Sevilla, Junta de Andalucía, p. 9.

² MESTRE, Antonio: «Historiografía», en AGUILAR PIÑAL, Francisco, *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Madrid, Editorial Trotta-CSIC, 1996, p. 863 y ss.

³ MARAVALL, José Antonio: «Mentalidad burguesa e idea de la historia en el siglo XVIII», en *Estudios de la historia del pensamiento español (Siglo XVIII)*, Madrid, Mondadori, 1991, p. 122.

dencia a hacer de los historiadores héroes de la memoria y adalides de la conciencia cívica frente a las dificultades impuestas por supuestas fuerzas oscuras opuestas al progreso, una inclinación a considerar sus instituciones como guardianas de las esencias nacionales y a interpretar sus conflictos personales o de escuela al margen de las condiciones generales de la creación cultural. Desde luego, la situación en la que se dio la producción historiográfica en la España ilustrada no permite aislar a los historiadores de las condiciones sociales de producción de historia, no es posible contemplarlos al margen de su ámbito de referencia. Si se trataba de que la recién instaurada monarquía borbónica contara con una representación del pasado adecuada a sus necesidades de legitimidad como parte de su proyecto de hegemonía cultural, la naturaleza de la tarea encomendada impuso la participación de autores procedentes de ámbitos diversos, históricos, literarios, científicos y artísticos. Buena parte de ellos interpretó su cometido como un mandato de normalización social, asumieron que contaban con una plataforma para «proseguir su mérito» individual al servicio de la corona y utilizaron todos los atributos de quienes debían concebir e intentar imponer unos determinados valores. Obviamente, todo el proyecto tuvo una vertiente institucional. Las distintas academias y sociedades de amigos constituyeron los laboratorios donde se diseñaron y arbitraron algunos de estos nuevos modelos de virtud patriótica⁴. Estos fueron proyectados en imágenes, monumentos, fiestas, rituales públicos y palabras dichas e impresas, con todo su poder de evocación y también su potencial normalizador. Porque había que estructurar un determinado sentido del tiempo histórico y escoger las palabras que podían ser leídas, el estilo en que debían ser impresas y, por supuesto, prohibir las que constituyeran una amenaza⁵.

Más allá de la constatación de que la existencia de censura muestra los límites de la acción del poder y el miedo que siempre acecha a los gobiernos populares, resulta del máximo interés intentar reinterpretar el papel que en verdad jugó y valorar su influencia a la luz de innovaciones recientes aportadas por la historia cultural y la historia del libro y la lectura. Debemos tener en cuenta factores como la actividad censoria de los más ilustres historiadores y hombres de letras, el sutil entrecruzamiento de autoría y censura, su utilización como mecanismo de construcción de jerarquía en el seno de repúblicas y corporaciones caracterizadas por unas fuertes tensiones internas o su importancia como elemento de propaganda de las obras cuya lectura pretendía prohibir. De hecho, más allá de la tradicional visión de la censura en la Edad Moderna como instrumento de represión de las ideas opuestas al trono y la verdadera religión, se puede vislumbrar su importancia como mecanismo de creación de una me-

⁴ NAVA RODRÍGUEZ, María Teresa: *Reformismo ilustrado y americanismo, la Real Academia de la Historia (1735-1792)*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1989, p. 87 y ss.

⁵ DOMERGUE, Lucienne: *La censure des livres en Espagne à la fin de l'Ancien Régime*, Madrid, Casa de Velázquez, 1996, p. 22 y ss.

moria común. Además, si la historiografía expresaba una voluntad de representación del pasado y la censura constituía, al menos en teoría, su negación, resulta legítimo preguntarse si el terreno intermedio entre ambas estaba tan claramente delimitado como se ha venido pretendiendo.

II

El desarrollo de un sentido del tiempo histórico unido a la conciencia de la declinación constituyó uno de los rasgos característicos de la Edad Moderna española⁶. Su consecuencia historiográfica más importante fue que para ser socialmente influyente la escritura de la historia tuvo que definir unos ciclos de clasicismo, es decir, apoyarse en unos modelos de virtudes cívicas imaginados en el pasado y con una función ejemplarizante en el presente⁷. Es importante resaltar que la visión histórica de la decadencia como un hito temporal, un tiempo de pérdida de valor moral que se debía combatir mediante el restablecimiento de la virtud, impuso la comparación de la situación española con la de otras monarquías europeas en las cuales ese tejido de virtud se mantendría o la barbaridad no se habría extendido. Como señaló con brillantez en 1765 el Conde de Campomanes, «en el sistema político de Europa ninguna potencia es hoy grande ni chica, rica ni pobre, sino comparándose unas con otras, y así la que no adelante mientras adelantan las demás, atrasa»⁸.

Después de un siglo XVI en el que se proyectaba un tiempo de gloria, el espejo de virtud sobre el que se quería depositar la mirada en busca de excelencia virtuosa, se pasaba a la conciencia de la declinación de la monarquía en el siglo XVII y, finalmente, a la percepción del atraso presente como un estigma moral que se debía eliminar restaurando el coraje cívico de los héroes de la antigüedad. Según indicó Miguel Antonio de la Gándara, que se atrevió a bosquejar en sus *Apuntes sobre el Bien y el Mal de España* un programa de gobierno para el futuro Carlos III, todavía rey de Nápoles, pensar en el pasado era nada menos que reconstruir «la serie cronológica de todos nuestros atrasos». Con las guerras de Carlos V había salido la sustancia fuera de casa, perder Portugal constituyó la pérdida de las pérdidas, la errada política de la centuria anterior trajo la postración general, los empeños del erario, los atrasos de la monarquía, la langosta de los asentistas, la peste de las anticipaciones, las ventas, los apuros, las enajenaciones y el beneficio de los empleos. Para 1759, cuando escribe estas líneas, su ingenio descubre insólitas razones para que los españoles tengan

esperanza. Que en cuestión de imperios, señala, una vez alcanzada la cima viene la caída, pero «en no habiendo mas que subir, se baja, y en bajando hasta lo sumo, se sube. Nada está de la noche mas vecino que el día y la luz es lo primero que sigue a las tinieblas»⁹.

Junto a la propagación de las virtudes y comportamientos antiguos como modelos a seguir, aparecen constantes apelaciones al sacrificio de lo propio en aras del bien común y la felicidad pública. Frente al mero arbitrio, el «desbarato» y la codicia, la restauración de la monarquía requiere extender la seguridad del premio al mérito, el estímulo, la emulación y la justa aspiración a los ascensos. No falta el apoyo de la verdadera religión en esta causa, de modo que la industriosisidad puede llegar a ser incluso una condición de la ortodoxia. Fray Diego Tello Laso de la Vega, que prologa una obra tan influyente como el *Restablecimiento de las Fábricas y Comercio Español* de Bernardo de Ulloa en 1740, indica: «De la falta de aplicación que padecemos saca industriosamente sus fuerzas la herejía. No serían tantos sus secuaces si fuesen menos ricos»¹⁰.

La construcción de una legitimidad del presente que abriera espacio a la meritocracia dando entrada en el servicio a la corona de vastos sectores de la pequeña nobleza y las clases urbanas sin cuestionar el modelo social permite enlazar con una sólida tradición, la crítica al gobierno de los validos. Ha sido tanta inacción, tanta privanza, la que ha llevado a la monarquía española a su lamentable estado. Para lograr la soñada restauración, se impone combatir la relajación y los vicios envejecidos con innovaciones, luchar contra los abusos que se miran como costumbre y han pervertido la sabiduría de las leyes y el funcionamiento de «acreditados establecimientos antiguos». No obstante, si la reflexión sobre la decadencia española impone una determinada percepción del tiempo histórico, su consecuencia natural, una formulación historiográfica que construya el tiempo de felicidad de un rey padre y una corona benéfica y justa, también pone en marcha un mecanismo imprevisible, ya que, junto a la propagación de los comportamientos antiguos como espejos de virtud cívica modelos, se difunde la añoranza de las libertades antiguas, perdidas por el despotismo, el maquiavelismo y la corrupción de las costumbres del presente¹¹.

En este contexto, la construcción de una historia nacional, oficial, constituyó una necesidad política de primer orden. El encuentro entre presente y pasado, la invención de un edificio de tiempo cíclico sobre el que reposara la legitimidad de la monarquía borbónica, se intentó solventar mediante una clara formulación historiográfica. Había que recrear un cierto pasado, utilizar la an-

⁶ ELLIOTT, John H: *Lengua e imperio en la España de Felipe IV*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1993, p. 34 y ss.

⁷ POCOCK, John: *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid, Editorial Tecnos, p. 121.

⁸ RODRÍGUEZ CAMPOMANES, Pedro: *Reflexiones sobre el comercio español a Indias*, Ed. de Vicente Llobart, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1988, p. xxiv.

⁹ GÁNDARA, Miguel Antonio de la: *Apuntes sobre el Bien y el Mal de España*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1988, p. cxxii.

¹⁰ ULLOA, Bernardo de: *Restablecimiento de las fábricas y comercio español (1740)*, Ed. de Gonzalo Anes, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1992, p. 9.

¹¹ MESTRE, Antonio: *Don Gregorio Mayáns y Ciscar, entre la erudición y la política*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1999, p. 351 y ss.; MESTRE, Antonio: *Apología y crítica de España en el siglo XVIII*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 119 y ss.

tigüedad como argumento y al mismo tiempo marcar las distancias respecto a la decadencia anterior proyectando el presente en los períodos de gloria que habrían forjado el carácter de la nación, desde el tiempo oscuro, atávico e indefinido de sus orígenes. La solución pareció hallarse en un modelo que contrapuso, con todos los compromisos y matices necesarios, una historiografía ilustrada y moderna con otra preilustrada y retardataria. El objetivo fue claro, implantar una historia progresiva, crítica, clásica en su estructura, ordenada, nacional e ilustrada¹². Había que inscribir la historia en el contexto de los procesos generales de expansión de los saberes, sobre un modelo difusionista de transmisión cultural y unida a la pretensión de progreso económico y avance de las luces. Debía ser una historia basada en fuentes sólidas y fiables, con un estilo que relacionara la forma y el fondo, la escritura y el razonamiento, con un orden interno estructurado en un cuerpo narrativo y acompañada de notas y explicaciones. Una historia dirigida a probar la aportación positiva de los españoles a la evolución del género humano y desterrar el esencialismo negativo que los condenaba, debido a su supuesto fanatismo e inferioridad moral, a la ignorancia y el atraso perpetuos, tipificado todo ello en lo que luego se conocería como la leyenda negra. Sería, finalmente, una historia nacional e ilustrada, en la medida en que buscaba construir una memoria propia y manifestaba una voluntad militante hacia la formación de las conciencias particulares mediante procesos educativos y pedagógicos¹³.

Por supuesto, el fascinante proceso de construcción de una temporalidad histórica «nacional» a partir de un instante primigenio resultó ser un arbitrario acto de lectura de los signos del pasado. El reto, además, no terminaba allí. La nación imaginada debía ser consagrada por unos testimonios y unos símbolos irrefutables que transmitieran a los lenguajes y los sentidos populares del tiempo y el espacio su misma existencia, convirtiendo la mixtificación intelectual en acto abiertamente político, en creador de consensos, percepciones e identidades. La pretensión de convertir el tiempo popular, cíclico, en histórico y lineal, en el tiempo artificial de una narrativa progresiva, aparece delineado con claridad en un informe sobre los doce tipos de letra que configuraban la evolución de la paleografía española, que data aproximadamente de 1770¹⁴. De acuerdo con sus argumentos, si la civilización en la península y el comienzo de la historia remitía a la Hispania romana, con sus tres tipos de letra, liberal, ruda e informe, la letra romano-hispana, conservaba el buen gusto romano, pero mejorado por el «temperamento y entereza» españoles. Con el nacimiento de la nación aparecería el carácter romano-gótico, que sufrió corrupciones accidenta-

¹² MARAVALL, José Antonio: «Mentalidad burguesa», p. 113 y ss.

¹³ WULFF ALONSO, Fernando: «Historiografía ilustrada en España e Historia Antigua. De los orígenes al ocaso», en GASCO, Fernando y BELTRAN, José, Eds. *La Antigüedad como argumento II*, Sevilla, 1995, Junta de Andalucía, p. 136-7.

¹⁴ «Índice de lo que se debe hacer para demostrar la paleografía e historia sucesiva de nuestras letras, que es la basa de la diplomática y bibliografía españolas», S/A, S/F, BRITISH LIBRARY, *Egmont*, 588.

les, «ocasionadas insensiblemente de la precisión de escribir con expedición». La entrada de los sarracenos en España, «época notable en que cabe todo lo que toca a sus caracteres e idioma, que se hizo popular entre nosotros» marca la decadencia o pérdida del gótico antiguo. Con el final de su dominio y el final de la Reconquista, aparece una nueva forma de letra, la restaurada, conocida por el vulgo equívocado como gótica, «a pesar de ser distinta a la inventada por aquella nación a los principios de la monarquía». Una vez recuperada la letra de los españoles antiguos, quedan las letras itálica, introducida por la liturgia gregoriana, y la hermosa y equilibrada letra española, que no debe bajo ningún concepto confundirse en pleno siglo XVIII con la francesa reducida al gusto español. Como se puede observar, el programa historiográfico era de una potencialidad asombrosa, pues prescribía un tiempo lineal, evolutivo, pero al mismo tiempo cíclico, capaz de extender un mensaje de posible redención personal y colectiva mediante la práctica de las virtudes de los héroes, justo lo que el atribulado presente demandaba.

III

Contar con un modelo de historia no implicaba que, al llegar al terreno de las realizaciones, el programa historiográfico pudiera hacerse realidad, dadas las peculiares condiciones en las que se desenvolvía la vida cultural en la España Ilustrada. Vamos así a acercarnos al terreno de la práctica, a explorar la voluntad normalizadora formulada mediante el estudio de la interrelación entre la representación del pasado y su negación, entre la historiografía y la censura, en la presunción de que formaron un todo inseparable que expresó tanto una pluralidad de visiones del pasado como un formidable acicate creativo para la república de las letras.

El procedimiento de edición de escritos en la España Moderna es bien conocido¹⁵. En 1502, una pragmática de los Reyes Católicos reservó a la autoridad real el derecho de conceder las licencias de impresión. Antes de obtenerla, los manuscritos debían pasar una censura destinada a eliminar los apócrifos, inútiles, supersticiosos y reprobables¹⁶. En 1554, Carlos V reunió la concesión de licencias y la censura en el Consejo de Castilla (el de Indias si tocaba materias referentes a ellas) y cuatro años después una famosa pragmática de Felipe II aumentó el control de las impresiones y la circulación de libros importados. Los manuscritos remitidos al Consejo eran censurados por alguno de sus miembros, una institución o un particular designados al efecto. Una vez sometida a deliberación la censura en la sala de la institución, se decidía si se conce-

¹⁵ DE LOS REYES GOMEZ, Fermín: *El libro en España y América. Legislación y censura (Siglos XV-XVIII)*, Madrid, Editorial Arco, 2000, p. 83 y ss.

¹⁶ DOMERGUE, Lucienne: *La censure des livres*, p. 16.

día la licencia, si se denegaba o si eran necesarias modificaciones. En este caso, el escrito se devolvía al autor para que procediera en consecuencia. Si el trámite era favorable, el manuscrito era visado y se enviaba al impresor para garantizar que el texto censurado era igual al que se editaba, debiendo figurar al principio del ejemplar editado la licencia, la tasa y, en su caso, la concesión de privilegio por un período determinado, además de los nombres del autor e impresor y el lugar de publicación. En 1627, Felipe IV reforzó la censura para hacer frente a la oposición al conde-duque de Olivares y creó un antecedente de la figura del juez de imprentas, que se encargaría en el siglo XVIII de lo relacionado con la edición. Aunque el decreto de Nueva Planta trajo consigo la centralización de la concesión de licencias, los cambios más importantes en el procedimiento se vendrían a producir décadas después. En 1751, Juan Curiel fue designado juez superintendente de imprentas. Al año siguiente, estableció un reglamento que recordaba la obligación de la licencia y la censura y tomó precauciones sobre las impresiones e importaciones de libros extranjeros. Con la llegada de Campomanes al Consejo de Castilla en 1761, se produjo una mayor apertura en los criterios censores, al tiempo que era eliminada la tasa que gravaba los libros, se definía la propiedad literaria y se liberalizaba su comercio¹⁷. En 1785 se produjo el último gran cambio, que anunciaba el final de una época. Una ordenanza dejó al Consejo el examen de los libros, otorgando al juez de imprentas el cada vez más importante control de los pliegos, la prensa periódica. Como singular novedad, el autor pudo en adelante recibir copia de la censura de su obra y argumentar ante el Consejo contra las deficiencias que se le hubieran señalado. Esta rápida referencia al proceso censor no puede ignorar el destacado papel jugado por el Santo Oficio, que contó con importantes prerrogativas en la materia, a pesar de que nos vamos a ocupar de la censura durante el proceso editorial. Como se sabe, la Inquisición ejerció una suerte de censura permanente, pues actuaba contra impresos de oficio o a raíz de una denuncia. También otorgaba licencias para leer libros prohibidos, que se imponían a veces a los permisos concedidos por Roma e impuso su propio índice de obras prohibidas al del papado¹⁸.

Sin desconocer los aspectos relacionados con el procedimiento censor y el peso de la máquina legislativa y judicial, hay evidencias de que los autores, en general, y los historiadores, en particular, dispusieron en la España Ilustrada de una capacidad de respuesta frente a sus designios mayor de lo que se ha venido suponiendo. No se trata sólo de recordar la existencia de un mundo de ilegalidad, piratería o copia manuscrita vinculada a la difusión de ideas, aún poco valorado y conocido¹⁹. La propia realidad cotidiana de la actuación censoria

¹⁷ Dos años más tarde se fundó la Real Compañía de Impresores y Libreros, bajo un modelo que pretendió reunir los intereses públicos con los privados.

¹⁸ DOMERGUE, Lucienne: *La censure des livres*, p. 19 y ss.

¹⁹ Para una etapa anterior, BOUZA, Fernando: *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, Marcial Pons, 2001, p. 18 y ss.

manifestó una extraordinaria cantidad de matices, corruptelas y aproximaciones diferentes al hecho de la edición. Veamos, por ejemplo, el caso de algunos grandes proyectos historiográficos. La célebre *Historia Literaria de España. Origen, progresos, decadencia y restauración de la literatura española* de los cordobeses hermanos Rodríguez Mohedano, escrita «para desengaño e instrucción de la juventud española» se publicó en once volúmenes entre 1766 y 1791 y contó con el apoyo, entre otros, de Roda y Aranda. Aunque no lograron superar el siglo I y la época de Lucano, su proyecto pretendía, en la línea del ideal apolo-gético y erudito de Nicolás Antonio, aglutinar cuanto perteneciese a las letras, ciencias o estudios españoles²⁰. Su método historiográfico, cimentado en el rigor de «la crítica, la legalidad y veracidad histórica» fue cuestionado por su prolijidad y lentitud. Entre sus detractores estuvieron el catedrático Ignacio López de Ayala y el académico Juan de Aravaca. Aunque los sucesivos volúmenes se publicaron con regularidad, la censura se convirtió en una herramienta de la contienda literaria. Por una parte, López de Ayala encabezó su feroz *Carta misiva del doctor Fulgencio de Rajas* de 1784, editada contra el tomo octavo de la *Historia Literaria*, con la autoridad de la dura censura de Aravaca, que había acusado a los autores de poco originales y faltos de capacidad de síntesis. Aunque el orientalista José Antonio Banqueri emprendió con una virulencia equivalente la defensa de la obra de los Mohedano, éstos defendieron a su vez el denostado tomo quinto, que contenía las biografías literarias de los «escritores españoles del siglo de Augusto», con la publicación de una *Apología* y la confección de una contracensura. Si Aravaca había indicado con ironía que, tal y como iba la confección de la *Historia*, harían falta «hasta doce siglos de tiempo y el material de siete a ocho mil volúmenes, si han de completar hasta nuestros días las noticias de los literatos españoles», los hermanos franciscanos le tacharon de endeble y contradictorio, proclamaron con orgullo que era cosa del autor «lo económico de la obra» (su extensión) y le acusaron de vagancia y falta de patriotismo:

«Esta especie de censuras es a desacreditar todo lo que se escribe, recomendar la ociosidad, desanimar la industria y erigirse los que nada hacen en reprehensores de los que trabajan, porque los miran como acusadores de su desidia»²¹.

El profundo orgullo de autores que trasluce en el juicio de los Mohedano aparece en otros grandes proyectos, como el de la mencionada *Historia Crítica de España y de la Cultura española* del abate Juan Francisco Masdeu, publicada entre 1783 y 1787. Aunque sólo llega hasta la Edad Media, las peculiares características de su autor, un antiguo jesuita interesado en reivindicar en Italia el genio de los españoles, pareció atemperar la polémica. La rápida censura del

²⁰ CEBRIAN, José: «Historia literaria», en AGUILAR PIÑAL, Francisco, *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Madrid, Editorial Trotta-CSIC, 1996, p. 531.

²¹ Expedientes de censura de la *Historia Literaria de España* de Rafael y Pedro Rodríguez Mohedano, ARCHIVO HISTORICO NACIONAL (En adelante AHN), Consejos, 5532-5533-5535.

manuscrito se limitó a pedir en algún caso la sustitución de italianismos o extranjerismos por términos idóneos²². No obstante, en este y en otros casos, como el de la obra *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura* de Juan Andrés, editada entre 1784 y 1806, la presencia de impresores bien considerados e impulsores de la edición de clásicos latinos y españoles, como Antonio de Sancha, parece haber supuesto una insólita rapidez y facilidad en la tramitación de la censura y la concesión de la licencia. En los casos de obras como el *Teatro Histórico-Crítico de la Elocuencia española* (1786-1794) del académico y exigente censor Antonio de Campmany, equilibrado defensor de la expresión popular española, o del *Ensayo de una Biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III* del abogado y socio de la matritense Juan Sempere y Guarinos, se dieron circunstancias parecidas, al conjugarse la edición con una posición de fuerza institucional²³.

Que Juan Pablo Forner y Gaspar Melchor de Jovellanos, dos personajes que se profesaban un odio equivalente, influyeron con su actividad censoria en la labor historiográfica es algo indiscutible. Víctimas pero también verdugos, en el caso del primero los *Discursos sobre el modo de escribir y mejorar la Historia de España* de 1788, que esbozaron un programa de historia civil e ilustrada atento a la constitución nacional, no se pudieron publicar hasta 1816 por su talante hostil al «medievalismo religioso». Como censor, Forner combatió a los jesuitas y la potestad papal²⁴. En cuanto a Jovellanos, que esbozó en su discurso de entrada en la Real Academia de la Historia en 1780, *La necesidad de unir al estudio de la Historia el de la Legislación*, la perspectiva de una historia institucionalista, tuvo una intensa actividad censora. Sus criterios fueron claros; tanto las leyendas como los excesos retóricos, que estropeaban la forma literaria, debían ser eliminados. La sintaxis y la ortografía serían elegantes y las traducciones adecuadas²⁵. Su favorable intervención no se puede desconocer a la hora de explicar la edición en España de la célebre *Historia Política de los Establecimientos Ultramarinos de las Naciones Europeas* del abate Raynal, publicada anónimamente en 1770, prohibida por el gobierno francés en 1773 y quemada en París en 1781, aunque se trate al fin de una versión del duque de Almodóvar que susti-

²² Expediente de censura de la *Historia Crítica de España y de la Cultura española* del abate Juan Francisco Masdeu, AHN, Consejos, 5548. Quien se ocupe de la edición debe «restituir a la propiedad castellana» algunas voces francesas e italianas «con que está afeado nuestro estilo».

²³ Expediente de censura de *Teatro Histórico-Crítico de la Elocuencia española* de Antonio de Campmany, AHN, Consejos, 5548; Expediente de censura de *Ensayo de una Biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, de Juan Sempere y Guarinos, AHN, Consejos, 5550.

²⁴ LOPEZ, François: *Juan Pablo Forner (1756-1797) y la crisis de la conciencia española*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1999, p. 497.

²⁵ JOVELLANOS, Gaspar de: *Obras Publicadas e Inéditas*, T. V, Edición de Miguel Artola, Madrid, 1956, Ediciones Atlas, p. 29.

tuye el espíritu burgués por el nobiliario y elimina por crítica la parte dedicada a los dominios españoles²⁶.

En una sociedad del Antiguo Régimen la presentación de la figura real era fundamental. Se trató, por tanto, de una cuestión en la cual la interrelación entre historiografía y censura ofreció un especial dinamismo. El tratamiento de la figura de Carlos III ofreció unos matices que reflejaron la riqueza de los planteamientos iconográficos y políticos suscitados en torno al monarca. Mientras el doctor en derecho Antonio José Hispano de Azara sólo fue objeto de algunas correcciones de estilo en la censura de su terrible Oda *La paz triunfante o España Feliz* de 1783, que incluyó versos como «Carlos tercero sea sol eterno al valeroso ibero», el capellán del rey de Dos Sicilias Juan Borrás había aguantado una fuerte admonición a su *Papel de muchos papeles y noticias de todos tamaños, sucesos curiosos ocurridos en el plausible gobierno y glorioso reinado del Señor Don Carlos Tercero el pío, el justo, el máximo* en 1769. La obra, que pretendió retratar el carácter y virtudes del rey, informaba del horario real «por horas, días minutos y cuadrantes, que en los reyes hasta los momentos deben pesarse» e indicaba su disposición a recibir afable a todo el mundo cuando quisiera, como hacía un buen padre de familia. Semejante frivolidad en el tratamiento de la figura real se podía haber superado en la mediocre *España restaurada por su augusto monarca Carlos III* de Juan de Bertevin (1788). Se trató de una obra de «razones vulgares y exceso de objetos» que alcanzó la originalidad censoria. Aunque la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País no halló inconveniente en que se le concediera licencia de impresión, el Consejo de Castilla decidió denegarla por impropia. De todos modos, en este género la obra más interesante fue el famoso *Elogio de Carlos III* escrito por el conde de Cabarrús. Sometido el manuscrito a censura, el calificador fray Manuel de San Vicente lo calificó en 1790 de sátira y libelo infamatorio contra la figura del difunto monarca. No se podía consentir, indicó, que llamara simplemente «hombre de bien» a Carlos III, «glorioso título para un ciudadano particular [...] pero no para [...] un héroe tan recomendable». La terrible acritud de Cabarrús contra la Casa de Austria, —«no se pueden leer sin horror y sin estremecimiento escandaloso los dicterios, oprobios, injurias e impropiedades que el orador vomita contra [ella]», indica el censor—, resulta inadmisibles, aunque pretenda hacer recomendables a los borbones, pues al fin considera a los españoles ignorantes y fanáticos, por haberse sujetado a su gobierno. En una censura posterior, Agustín Yagüe defendió el *Elogio*, criticó la «ambición y talante belicoso» de los Austrias y recomendó su impresión²⁷.

²⁶ GARCIA REGUEIRO, Ovidio: *Ilustración e intereses estamentales (Antagonismo entre sociedad tradicional y corrientes innovadoras en la versión española de la «Historia» de Raynal)*, Madrid, Ediciones de la Universidad Complutense, 1982, p. 68.

²⁷ Expediente de censura del *Elogio de Carlos III* escrito por el conde de Cabarrús, AHN, Consejos, 5548.

Sin embargo, una cosa eran los panegíricos y algo bien distinto la sutileza de ciertas obras que trataban la figura real. Aunque el *Discurso Histórico-Crítico y Político sobre los primeros ministros, los consejeros íntimos y los favoritos de los soberanos* de Cristóbal Cladera, que trató en 1787 el espinoso asunto de la relación entre los buenos reyes y sus más cercanos colaboradores, alcanzó censura favorable por propagar buenos ejemplos, el intento de reedición dos años después de la obra del jesuita Pascasio de Seguin *Galicia, reino de Cristo sacramentado*, que parecía aprobar el regicidio y el tiranicidio, se cortó de raíz. Las *Máximas* de Antonio Pérez, publicadas en el *Almacén de Frutos Literarios e Inéditos*, se prohibieron en 1792 por hablar demasiado de las obligaciones reales. Por fin, la *Historia de las guerras civiles de Inglaterra y trágica muerte de su rey don Carlos* de Diego Felipe de Albornoz recibió en 1780 censura favorable de la Real Academia de la Historia con la condición de que quitara de su portada la expresión «muerte de su rey don Carlos», para evitar resonancias contemporáneas.

Uno de los proyectos educativos impulsados por Campomanes fue el de los grabados y estampas de los reyes «para instrucción de la juventud española», que fue también objeto de premio por las distintas academias. La censura era importante, tanto por la confusión en torno a la cronología de los monarcas como por la posible existencia de una leyenda al pie de las figuras que glosara los principales hechos de sus reinados. Los académicos llegaron a adquirir incluso el compromiso de preparar las sinopsis históricas, lo que efectuaron con exasperante lentitud. En 1781, el grabador Manuel Rodríguez, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, presentó doce láminas de reyes «de la estirpe goda». Al mismo tiempo, el grabador de la corte Bartolomé Vázquez pidió licencia para publicar su *Historia cronológica de los reyes de España en estampas*, que recibió críticas del censor por la mala elección de los motivos decorativos y los errores ortográficos. La réplica de Vázquez, que fue demoledora, dejó entrever la preferencia de los académicos de la Historia por las láminas de Rodríguez. Como bien señaló, al carecerse de testimonios fehacientes sobre las antiguas imágenes reales, su trabajo tenía la misma validez que el de Rodríguez, ninguna. Sus reyes eran tan inventados como los de su oponente. Por fin, Vázquez negó a la Real Academia de la Historia capacidad para emitir juicios estéticos. Pese a todo, con ciertas condiciones aconsejaron que se le otorgara licencia.

Es posible que la recuperación del debate sobre la figura de Pedro de Castilla, con hondas raíces en el siglo XVI, ilustre como ningún otro un diálogo con la tradición que necesitaba al mismo tiempo distanciarse de ella. En 1783 José Santos Ledo, párroco del Bierzo, pidió licencia para publicar su *Apología del rey Don Pedro de Castilla*. La obra, escrita conforme a la *Historia Verdadera* de Pedro López de Ayala, intentaba convencer a los lectores de que su memoria merecía «ser lavada de la mancha infamatoria de crueldad», pretendiendo que había sido «más justiciero que tirano, más benigno que cruel y más digno de lástima que de execración». Su comportamiento se explicaba como resultado de las tinieblas de su tiempo. El choque con la censura se produjo a causa de los argumentos utilizados por el autor. Según él, aunque el rey Pedro no había ma-

tado a su madre, podía haberlo hecho justamente. La muerte que mandó dar a sus hermanos de corta edad, los infantes Juan y Pedro, era merecida y en todo caso la doctrina y los concilios sancionaban el castigo a inocentes por delitos ajenos con pena capital. También encontraba que la tortura con fuego y mazas infligida a sus enemigos había sido legítima. La censura de Manuel de Lardizábal, introductor de Beccaria en España, fue ejemplar. La obra podía recibir licencia si se corregían las afirmaciones aprobatorias de la muerte justa de inocentes por delitos no cometidos y se marcaba distancia respecto a la legitimidad de la tortura. Para él, Santos Ledo «se olvidó de insistir también en que en aquéllos siglos bárbaros los delitos [eran] atroces, las penas crueles y las leyes criminales sanguinarias e injustas». En el prólogo para la impresión, además, había que resaltar las garantías de la justicia española contemporánea respecto a la practicada en la Castilla medieval²⁸.

Desde luego, la recuperación de una cierta memoria de la nación española, vinculada a los proyectos historiográficos de Nicolás Antonio, el marqués de Mondéjar, Mayáns o el padre Burriel se concretó en las colecciones de textos «adecuadas al gusto del tiempo». Y lo que se llevó a la prensa, con todos los matices del caso, fue un programa editorial abierto que recogió lo mejor de lo que se formulaba como la tradición española: el humanismo del siglo XVI, traductores de la sagrada escritura y los santos padres, autores del Siglo de Oro y estudiosos del mundo clásico, con arriesgadas incursiones en la supuesta «noche de los tiempos» medieval. Garcilaso, Boscán, Fray Luis de León, Ercilla, Ambrosio de Morales, los Argensola, Lope, Quevedo, Jorge Manrique, Ginés de Sepúlveda y, sobre todo, Cervantes suscitaron gran interés, mientras el poema de Mío Cid, impreso en 1779, fue el primer cantar de gesta editado en Europa y se rescataron también autores como Gonzalo de Berceo y el arcipreste de Hita. La mirada a la Antigüedad rescató figuras cuya presentación fue objeto de curiosas censuras, muestra de una visión del pasado siempre limitada por las estrecheces del presente. En 1791, el impresor Gabriel de Sancha pidió licencia para sacar el romance épico *El Rodrigo*; estimó el censor se podía conceder, a pesar de ser obra literaria, para desmontar los «cuentos inverosímiles» que había sobre él. Menos fortuna tuvo Viriato, del que se tenían versiones favorecedoras de la rebeldía frente al poder establecido. Al contrario de lo ocurrido con *El Rodrigo*, la licencia de *El más heroico bandido, Viriato, contra romanos* fue denegada²⁹. La obra de personajes más recientes, ejemplos de servicio al monarca, también fue objeto de atención, como el tratadista Diego Saavedra Fajardo, cuya censura constituyó en realidad una felicitación al impresor, o los recomendados *Consejos y consejeros del príncipe* del conocido cronista, viajero y

²⁸ Expediente de censura de *Apología del rey Don Pedro de Castilla* de José Santos Ledo, AHN, Consejos, 5542.

²⁹ Expediente de censura de *El más heroico bandido. Viriato contra romanos*, 1775, AHN, Consejos, 5530: «no hay que buscar en esta tragedia fábula, invención, artificio, moralidad, verosimilitud, ni decoro. Toda se reduce a un tropel de entradas y salidas, embajadas, batallas, muertes».

espía Federico Furio Ceriol. La censura en 1768 del *Compendio de Historia de España* del padre Duchesne, antiguo maestro de los infantes, constituye un ejemplo de reelaboración cercano a un canon prefigurado. Entre los cambios impuestos para dar nueva licencia, revocada en 1772, se aconsejó eliminar una nota de la que se deducía que el rey podía hacer partícipe de sus resoluciones al pueblo algunas veces y evitar la alusión al infamante y falso tributo de las 100 doncellas. Además, indicó el censor, resultaba dudoso que el rey de Aragón Ramiro fuera monje profeso, obispo y casado con dispensa del papa, los amores de Alfonso VIII con una judía debían suprimirse, las alianzas de príncipes cristianos con infieles eran válidas ya que poseían la fe civil como las demás virtudes, el rey Pedro no era el Nerón de Castilla, resultaba falso que Fernando el Católico no guardara los tratados, la rebelión de 1640 había sido en realidad una turbación o conmoción popular y era necesario eliminar una hostil alusión a la alcabala: «al retirarse de España los mahometanos, aunque se llevaron consigo los alfanges dejaron en ella para su destrucción este cuchillo»³⁰.

Obviamente, el conflicto con las falsas leyendas y los crímenes fue utilizado por unos censores que rechazaban una forma popular de devoción que consideraban mágica y supersticiosa. Las mezclas de historia sagrada y mitologías de la gentilidad, tan del gusto, decían, de los siglos anteriores, se combatieron sin descanso, aunque la venida del apóstol Santiago y las apariciones de San Isidro Labrador a los reyes de Castilla y León o la virgen del Pilar no se pusieron por lo general en cuestión³¹. La censura en 1780 de la *Historia del hallazgo de la imagen de San Cristóbal* de Jacinto Ortí resaltó la necesidad de que los posibles lectores supieran que era la intercesión de los santos ante Dios lo que curaba, no las propias imágenes. Se trataba de cuestiones que distaban de ser irrelevantes, ya que podían dar lugar a conflictos de extraordinaria gravedad. Baste recordar que en 1804 el alcalde de Granada, Tomás de Morla, fue objeto de un proceso inquisitorial por haber publicado un bando que indicaba a sus habitantes era tentar a Dios acudir a los templos en caso de epidemia. Lo importante, según mencionaba su escrito, no era acudir a las ceremonias, sino la vivencia de la religiosidad interior.

Aunque la historiografía en la España ilustrada continuará con los antiguos desarrollos de los patriotismos locales, la censura matizó y corrigió las obras que rompían la doctrina oficial de entendimiento absoluto entre los antiguos reinos. En 1781 Francisco Méndez pidió licencia para imprimir su *Idea de un príncipe justo, o elogio del señor Felipe V, rey de España*. Ahora que, se dice, «la nación española no forma mas que una sola familia», la censura le pide que elimine lo que llama «invektivas contra las provincias» y los ataques al clero. La

obra, que denigra a los catalanes por el apoyo prestado al archiduque, tiene que moderar este enfoque para evitar

«resentimientos que no conviene remover después que la nación vive bajo de unas propias leyes y forma una misma familia unida y acorde que lleva con igualdad las cargas comunes y participa sin diferencia de las ventajas nacionales»³².

Mientras tanto, el debate sobre la antigüedad del euskera o la extensión del vascoangelismo se compaginaba con la extensión de la imagen de una Cantabria que ponía las bases de su supuesta hidalguía. En 1778, Hipólito Ozaeta pidió licencia para editar su *Cantabria vindicada*; según él, las gentes de valor heroico y constante de la antigüedad eran, en realidad, los antecesores de los habitantes de Vizcaya, Alava y Guipúzcoa. El interés por la historia de Asturias se asoció a la construcción de un tiempo histórico en el cual el acuerdo sobre los orígenes de la nación distaba de ser claro. Las alusiones a un tiempo oscuro, ahistórico, permitían salvar la continuidad con la España Antigua, Romana, Goda, restauradora de la cultura en Europa, conquistadora de un Nuevo Mundo, Austríaca y Borbónica, recordando, por ejemplo, el planteamiento de la *Historia* de Masdeu. Si el carácter pragmático de la historiografía ilustrada permitía a sus autores mantener que el origen de la nación española, lejos de una supuesta venida de Túbal u Osiris, estaba en una etapa de oscuridad, también hubo quienes no utilizaron este procedimiento y se mantuvieron en el relativismo. El censor de la reedición del *Compendio de lo más sustancial de la monarquía de España* de Pedro Salazar de Mendoza en 1768 señalaba que hasta 1139 hablar de monarquía lusitana era una jactancia portuguesa y que antes de Recaredo la monarquía de España era un «ente de razón sin fundamento histórico». El tiempo de la nación se dividía para él en tres períodos, el oscuro de las fábulas, el mítico de los espacios imaginarios, ficciones y caprichos y el histórico de los escritos. Al fin, mantuvo, «la vanidad de los ricos linajudos tiene la culpa de éstas y otras ficciones». El imagina una España antigua gobernada por pueblos, municipios o behetrías «al modo que hoy se gobiernan los suizos por cantones»³³.

Seguramente, la madurez del programa historiográfico en la España ilustrada, con todas las deficiencias que se le puedan achacar, se hizo patente en la actitud institucional y censoria ante la oposición entre apología y calumnia al cuerpo de la nación desencadenada por la famosa polémica sobre la aportación española a la civilización, tras la publicación del artículo de Masson de Morvi-

³⁰ Expediente de censura del *Compendio de Historia de España*, del padre Duchesne, 1768, AHN, Consejos, 5530

³¹ Expediente de censura de *Justificación histórico-crítica de la venida del apostol Santiago el mayor a España*, 1793, AHN, Consejos, 50778.

³² Expediente de censura de *Idea de un príncipe justo, o elogio del señor Felipe V, rey de España*, 1781, de Francisco Méndez, AHN, Consejos, 5554.

³³ Expediente de censura de *Compendio de lo más sustancial de la monarquía de España*, 1768, de Pedro Salazar de Mendoza, AHN, Consejos, 5532.

lliers en la *Enciclopedia Metódica*³⁴. Más que entrar a valorar las conocidas aportaciones de Forner, Cavanilles o Denina al respecto, nos interesa resaltar que la censura atemperó los peores excesos de una reacción nacionalista llena de prejuicios e ignorancia. Fue el caso de Juan Antonio Loche en la *Carta de un español a otro sobre la conducta a observar para refutar calumnias y falsedades de los enciclopedistas* de 1784 o del conde del Sacro Palacio dos años después, en el *Elogio de las artes y artífices españoles*, obras ambas que hacían invectiva contra franceses, más que apología española.

En realidad, la tensión entre permitir y prohibir, la voluntad de normalizar una visión del pasado refleja en sus contradicciones la existencia de un cuerpo social diverso. Así, aunque el interés ilustrado por los estudios arabistas o hebraicos es bien conocida, hay que destacar los intentos por recuperar una tradición que se siente de alguna manera como propia. En 1788, la *Historia de Africa y España* de Cardonne no recibió licencia porque la traducción era inadecuada, algo imperdonable en una nación «cuyos sucesos en los siglos anteriores se hallan tan enlazados con los de los árabes». En cambio, el *Compendio Histórico de la vida del falso profeta Mahoma*, de Pastoret, impreso en 1788, se prohibió en 1793 como libro que tendía un panegírico de un personaje que era tildado de «infeliz, maldito árabe, mercader vilísimo, capitán de forajidos, apóstol de Satanás, precursor del anticristo, complemento de la mentira, padre de inicuos y caudillo de protervos». Un peculiar tipo de prejuicios aparece en el caso de Campomanes, que censura en persona los *Pronósticos* de Diego de Villarreal para 1767 por haber «adivinado» el motín de Esquilache: «La astrología judiciaria es una cábala supersticiosa tomada de los árabes y reprobada entre los cristianos». Por otro lado, mientras la *Biblioteca Hebreo Española* de José Rodríguez de Castro, que recoge noticias de los escritores y traductores hebreo-españoles, de los árabes que habían escrito en hebreo o cuyos escritos habían sido traducidos por rabinos españoles, o de los que trataban de asuntos pertenecientes a España y escritores españoles gentiles, encuentra en 1779 el camino de la imprenta con una erudita censura de Pérez Bayer. Ignacio de Asso sufre una dura polémica a raíz de la censura de su *Ordenamiento de Leyes de Alcalá de Alfonso XI* (1386), que incluye un *Discurso sobre el estado y condición que tuvieron los judíos en España*. El censor del Colegio de Abogados indica que su inclusión es inútil:

«Sólo puede conducir a que se tenga una colección de sucesos que acrediten puede haber en las familias de España mucha sangre infecta por los enlaces de los principales de aquella nación que por muy largo tiempo poseyeron riquezas y obtuvieron empleos grandes en el reino»³⁵.

³⁴ GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo: *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza, 1992, p. 136 y ss.

³⁵ Expediente de censura de *Ordenamiento de Leyes de Alcalá de Alfonso XI*, de Ignacio de Asso, AHN, Consejos, 5559.

La valiente réplica de Asso recupera un sentido de dignidad nacional reconocible en el pasado, al valorar «la memoria de los que fueron en otro tiempo» como algo digno de ser conocido. Según indica, él no ha nombrado familia alguna, limitándose a investigar leyes generales. Otro ejemplo es el de Miguel de Lardizábal, cuya *Apología por los agotes de Navarra y los chuetas de Mallorca, con una breve digresión a los vaqueros de Asturias* es objeto de censura favorable en 1786. Su argumento fue que resultaba perjudicial al Estado y contrario a la caridad su marginación, además de ser absurdo el talante nobiliario que los había marginado.

IV

Aunque a la luz de los casos apuntados resulta claro el papel de la censura como herramienta historiográfica y mecanismo de definición de un determinado rango en la república de las letras, también es útil recordar otros casos que muestran las peculiaridades de su acción e influencia. Sin llegar a los extremos de Quevedo, que para proteger su autoría pidió en una ocasión que las obras que no reconociese fuesen incluidas en el índice de prohibidos, existieron autores recalcitrantes en la negativa a corregir sus obras y otros de una docilidad absoluta, actuaciones de la censura previas a la entrega de manuscritos en el Consejo de Castilla indicando al autor cómo debía ser la obra para que obtuviera licencia, procedimientos que defendieron la fama pública de algunos escritores, robos de manuscritos o identificaciones de plagios. La sátira era más frecuente de lo que se podía pensar. En una de sus interminables guerras literarias, Tomás de Iriarte fue objeto de burla en la *Carta Apologética del señor Masson*, de 1783. Según se indicaba en el impreso, su obra era tan mala que ni siquiera con el estímulo de una prohibición inquisitorial alcanzaría la gloria de ser leída.

Es posible que no haya una caricatura tan eficaz de la actuación de la censura como la prohibición de la subversiva y sacrílega obra de Mercier 2440. Tras denodada búsqueda, el único ejemplar que se pudo quemar por el veredicto en Madrid fue el de la propia Biblioteca Real. Detrás de semejante patetismo, en cualquier caso, se describe, sin duda, una absoluta impotencia ante la libre voluntad social e individual de leer y escribir. La misma que sostiene la historiografía de la España Ilustrada, toda ella tocada de un honesto esfuerzo de definición de algo esquivo, aquello que los hermanos Rodríguez Mohedano intentaron transmitirnos cuando en su tantas veces mencionada *Historia Literaria* escribieron que lo definitorio de los españoles era que no imitaban la pesadez de la tortuga ni la violencia del rayo, porque eran navíos de grandes velas y mucho lastre.